

# El posmodernismo: La historia subversiva

**Eduardo Nomelí Mijangos Díaz<sup>1</sup>**

Instituto de Investigaciones Históricas

.....Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo

"Ser moderno es ser parte de un universo en el que, como dijo Marx «todo lo que es sólido se evapora en el aire»".

Marshall Berman

**N**una serie de actitudes, críticas y argumentaciones teóricas, identificables como "movimiento" intelectual preocupa recientemente a los historiadores: el *posmodernismo*. Desde sus orígenes perceptibles en las artes, la teoría literaria y su posterior avance hacia otras actividades sociales, filosofía y antropología, hasta su evocación crítica como planteamiento historiográfico; desde sus preocupaciones primarias por la deconstrucción del lenguaje, la metodología y los problemas estructurales del discurso, los mitos y los símbolos; el posmodernismo ha señalado así nuevos referentes, variables de análisis y analogías comparativas en búsqueda de la verdad, ésta ha sido consecuentemente relativizada, convertida en crítica de valores y de métodos discursivos legitimadores y aglutinantes que, por otra parte, daban sentido a nuestra cultura occidental, "moderna".

<sup>1</sup> El presente ensayo responde a la inquietud de precisar aquellos elementos que el posmodernismo involucra en el quehacer de la historia y del historiador. Agradezco a la Dra. Sonia Corcuera de Mancera por las orientaciones de su seminario, en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM.



La condición moderna del hombre, iniciada con el Renacimiento europeo de los siglos XV y XVI, fortalecida en el siglo de la Ilustración y desarrollada ampliamente con la Revolución francesa, codificó la racionalidad de occidente y edificó ciertos cánones ordenadores para fundar nuevas identidades; creó un mundo de representaciones y simbolismos con el objeto de estructurar el arquetipo desarrollista del capitalismo, desdénando aquellos elementos privativos de un "viejo orden". El afán legitimador de tales principios que daban sustento, continuidad y coherencia a nuestro pasado han sido rotos por el posmodernismo que, a cambio, poco parece ofrecer. Nos revela un universo cultural inédito donde carecemos de paradigmas, donde nuestra "libertad" nos abandona y la "realidad" se subvierte en un nuevo orden, en un conocimiento fragmentado y, por eso mismo, parcial, relativo.

La modernidad que surgió en el mundo antiguo, primero como evocación artística y luego con el sentido de "racionalidad" en el Iluminismo, difundió la imagen ecuménica de una sociedad enriquecida en sus valores morales y fortalecida con el desarrollo de las ciencias, en ello acudió a elaborar todo un discurso -inicialmente fragmentado, luego hegemónico- capaz de justificar el proceso de secularización del conocimiento así como la concepción de un nuevo Estado moderno, en torno a un paradigma central, la idea del progreso. Esa coyuntura fue la que Habermas interpretó como el momento craso de ruptura entre las sociedades tradicionales y las modernas.<sup>2</sup>

Sin embargo, la noción de ruptura no es relativamente nueva. En su momento, Marx, Freud y Nietzsche, en las áreas del pensamiento; Michelet, Ranke, Dilthey, Burckhardt y Croce, identificados en el terreno de la historia más concretamente, también contribuyeron substancialmente a abatir ciertos esquemas "tradicionales". Nietzsche específicamente proclamó la muerte de Dios y el patético abandono del hombre; encrucijada en la que no obstante, el hombre tenía disposición para actuar por sí mismo, por su propia voluntad. Anunciamiento del "nuevo hombre".<sup>3</sup>

<sup>2</sup> Véase Jurgen Habermas. "Modernidad: un proyecto incompleto" en Nicolás Casullo, editor. *El debate modernidad posmodernidad*. Buenos Aires, Editorial El cielo por asalto, 1993, pp. 131-144. Comentarios en torno a la modernidad en: Marshall Berman. *Todo lo sólido se desvanece en el aire*. México, Siglo XXI editores, 1988. También como referencia: José Manuel Valenzuela Arce: "Modernidad, postmodernidad y juventud", en: *Revista Mexicana de Sociología*. Año LIII, N° 1, enero-marzo 1991, pp. 167-202.

<sup>3</sup> Para Michel Foucault, Freud, Nietzsche y Marx representan tres paradigmas, tres momentos clave en el proceso de descentramiento del sujeto cartesiano en occidente. Véase Roy Hora y

Los indicios más perceptibles del debate posmoderno suelen suscitarse a fines de la década de los sesenta y más propiamente en el transcurso de los años setenta, en una dinámica contextualidad de cambio y confrontación; un verdadero escaparate de movimientos sociales e intelectuales de gran magnitud en los que se mostró un espectro difuso y contradictorio de actitudes que en todo caso cuestionaban ciertos esquemas culturales de occidente. La irrupción de organismos feministas, gremios sindicales activos, sectas, la izquierda radical, etc., desde diversas posturas militantes conformaron un frente disperso de rechazo a las ideologías dominantes y las políticas de hegemonía política (el armamentismo, la "guerra fría", etc.). Desde entonces, planteamientos filosóficos e historiográficos cuestionan la "racionalidad" del mundo moderno y el agotamiento de discursos legitimadores, en pretensión de la "diversidad" de manifestaciones del conocimiento y en particular de las disciplinas sociales, su concepción y sus recursos metodológicos.<sup>4</sup>

## II

Llanamente, podríamos interpretar el momento actual como "una reflexión sobre las cosmovisiones que estructuran el mundo histórico", pero, como advierte Casullo, el debate entre lo moderno y lo posmoderno adquiere otra dimensión, pone de relieve una "mutación de referencias, debilidad de certezas", una controversia "proyectada hacia una barbarización de la historia, ya sea por carencias y miserias sociohumanas, ya sea por su contracara; la aceleración de «la abundancia» para un futuro definitivamente deshumanizado".<sup>5</sup> En medio del debate, la condición posmoderna no concibe a la historia como disciplina social aislada, incluso ni siquiera como disciplina. En cambio, una "ruidosa diversidad" se destaca, acomete con fuerza para proclamar nuevos valores, una "cultura en acción" donde surgen criterios innovadores, redefiniciones, recientes incursiones que cuestionan el estoicismo académico, la par-

Horacio Tarcus "Introducción. Foucault y el marxismo", en: *Disparen sobre Foucault*. Buenos Aires, Editorial El cielo por asalto, 1993, pp. 7-30.

<sup>4</sup> Numerosos autores han contribuido con su obra a poner en boga el debate moderno/posmoderno, desde diferentes perspectivas y en distintos círculos académicos internacionales, entre otros cabe mencionar a Michel Foucault y Alan Touraine; Jean François Lyotard, S. N. Eisenstadt, Hayden White, Paul Veyne, Michel de Certeau y Jurgen Habermas; en años más recientes: Marshall Berman, P. Bürger, Richard Rorty, Anthony Giddens, Roland Barthes, Perry Anderson, Georg G. Iggers, Hal Foster, Linda Hutcheon, Gianni Vattimo y Steven Connor.

<sup>5</sup> Casullo, Nicolás. "Modernidad, biografía del ensueño y la crisis", en: *El debate modernidad posmodernidad...* p. 11.

simonia y tranquilidad intelectual. Cómoda y ambigua postura que recuerda la crítica de Hayden White: el historiador no está interesado en ubicarse en un solo terreno, ni en la "ficción" ni en la ciencia pura; desdeña la creatividad artística y literaria por fundamentarse en fuentes "verdaderas", apegadas a los "hechos" y a la vez niega el rigor analítico del científico. Como tal, la historia deviene en una ingenuidad metodológica voluntaria: su discurso se limita a lo que el documento expresa literalmente y no va más allá. Desde esta perspectiva el nexo documental y los límites que conscientemente se aceptan, convierten a la historia en una actividad conservadora.<sup>6</sup>

El posmodernismo resulta un ofrecimiento de paradojas. Esta es una de las características que lo nutren fehacientemente. Según Lyotard "una obra no puede convertirse en moderna si, en principio, no es ya posmoderna. El posmodernismo así entendido no es el fin del modernismo sino su estado naciente, y este estado es constante".<sup>7</sup> En otras palabras, el posmodernismo no niega el conocimiento histórico pero sí cuestiona los significados que ordinariamente le dan sentido al pasado; el historiador posmoderno efectúa dos operaciones al mismo tiempo: reinstala el contexto histórico a la vez que "problematiza todo aquello que entendemos por conocimiento histórico".<sup>8</sup> En los requerimientos ordinarios de lo heurístico y lo hermenéutico, tiende a desligar ambos elementos. Privilegia la interpretación y la reconstrucción, subordina aquello que con anterioridad era materia medular del historiador: las fuentes documentales del pasado. No interesa el recurso del método como lineamiento seguro del investigador, antes bien queda relegado a un plano de revisión historiográfica, a una "sistematización intelectual" basada no en documentos sino en su significancia, en su discurso, en los sistemas que convierten los acontecimientos en hechos históricos presentes. Con todo, el posmodernismo no abandona la noción de historicidad en tanto convierte a la historiografía en el eje interpretativo del pasado, el discurso como "realidad" históri-

<sup>6</sup> "En pocas palabras, que el historiador reclama los privilegios del artista y del científico pero al mismo tiempo se niega a someterse a los rigores críticos y creativos que exigen el arte y la ciencia". Hayden White, "El peso de la historia" en: *Nexos*, N° 52, mayo de 1982, p. 23. Véase también *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*. México, FCE, 1992, en especial la introducción "la poética de la historia" en pp. 13-50. La edición original en inglés es de 1973 por The Johns Hopkins University Press. El doctor Alvaro Matute conformó una síntesis precisa en "El elemento metahistórico. Propuesta para una lectura analítica de la historia" en: *Ciencia y Desarrollo*. Vol. XX, N° 116, mayo-junio de 1994, pp. 62-66.

<sup>7</sup> Lyotard, Jean Francois. *La posmodernidad (explicada a los niños)*. Barcelona, Gedisa, 1996, p. 23.

<sup>8</sup> Corcuera de Mancera, Sonia. *Voces y silencios en la historia. Siglos XIX y XX*. México, FCE, 1997, pp. 392-395.

ca.<sup>9</sup> Pero, si los "hechos" históricos no representan el pasado "verdadero" ¿dónde reside entonces la veracidad? El posmodernismo delega al historiador mismo como fuente del conocimiento, él es quien "construye" los hechos y les otorga significado, los revive y los critica, los modifica o los enfatiza, y finalmente los proyecta a través de su lenguaje escrito. En este sentido, Hayden White constituye una postura representativa: la historia entendida como una forma de escribir y no como una mera secuencia de realidades empíricas que se destacan sin cortapiza, que existen independientemente del historiador, como él mismo pregona, convierte el texto histórico en un "artefacto" literario.

El reto posmodernista concibe la idea de una apertura de cosmovisiones, de horizontes del conocimiento, de una ampliación de los límites del razonamiento. Sin duda, tales perspectivas posmodernistas infieren a menudo contradicciones. De hecho, la contradicción, la discontinuidad, el relativismo y la contracultura representan elementos orgánicos de la condición posmoderna, argumentos que resultan poco atractivos para un historiador docto en las prácticas convencionales de su ejercicio. Así pues, no son pocos los historiadores que rechazan las recientes críticas a prácticas conceptuales validadas desde hace tiempo por un consenso académico, más aún ante la carencia de sólidas alternativas de apoyo que el posmodernismo ofrece.<sup>10</sup>

La exposición del pasado y el conocimiento relativo que de él somos capaces de percibir, denominado "metaficción historiográfica", en el lenguaje posmoderno deviene en un esquema en el cual se vinculan teóricamente la historia y la literatura, el ejercicio historiográfico y la crítica literaria. La meta-

<sup>9</sup> Según Foucault, la historia ha cambiado de posición respecto del documento, no interesa interpretarlo o certificarlo, sino trabajarlo desde el interior y elaborarlo. "La historia lo organiza, lo recorta, lo distribuye, lo ordena, lo reparte en niveles, establece series, distingue lo que es pertinente de lo que no lo es, fija elementos, define unidades, describe relaciones. El documento no es pues, ya para la historia esa materia inerte a través de la cual trata ésta de reconstruir lo que los hombres han hecho o dicho, lo que ha pasado y de lo cual sólo resta el surco: trata de definir en el propio tejido documental unidades, conjuntos, series, relaciones" Michel Foucault. *La arqueología del saber*. México, Siglo XXI editores, 1977, pp. 9-10. La edición original en francés por Gallimard en 1969.

<sup>10</sup> La crítica mejor fundamentada la registra Gertrude Himmelfarb "Posmodernist History". *On looking into the abyss*. New York, Vintage Books, 1995, capítulo VII, pp. 131-161. Considera a Foucault y Derrida como los "padres" del posmodernismo, destacando sus representativas conceptualizaciones sobre la estructura del poder y la deconstrucción del discurso. Véase además su polémica obra: *The New History and the old*. Cambridge, Harvard University Press, 1987. Lawrence Stone también provocó discusiones con su artículo "History and Post-modernism", publicado en *Past and present*. N° 131, may 1991 (comentarios alusivos en los números siguientes, principalmente N° 133 y 135.)

ficción historiográfica aborda esta compleja relación pero cuestiona la noción habitual entre los hechos y el pasado; la inobjetable convicción de que sólo la historia puede adjudicarse la "verdad" pierde sustento con el rompimiento de la barrera entre la "realidad" histórica y la ficción literaria, esto es, entre el historiador y el novelista. La verdad entonces resulta un discurso identificable, producto de una construcción humana, interpretación de sistemas de enunciados, de significados. La semiótica de Paul Ricoeur quedaría bien integrada en este sentido.<sup>11</sup>

Otra característica del posmodernismo es el llamado "retorno" a la historia, no como actitud nostálgica del pasado sino como el anunciado regreso a la *narrativa*, al discurso narrativo planteado ya en la década de los sesenta. Las bases del actual posmodernismo se identifican en esos años ante la reacción de círculos académicos a la influencia de la escuela de los *Annales*. Varios textos de Foucault (*El nacimiento de la clínica*, *Raymond Roussel*, *Las palabras y las cosas*, *El orden del discurso*, y sobre todo *La arqueología del saber*) redactados en esa década implican el rechazo al tiempo largo, a las continuidades, y la reconsideración de una historia narrativa, la práctica de "contar historias", un discurso narrativo -quizá débilmente apreciado entonces- anti-científico, antilogocéntrico. White, en 1973 con la publicación de *Metahistoria*, condensó significativamente aquellas preocupaciones por la pluralidad del conocimiento. La historia no como disciplina autónoma, fuente única de verdad, sino como vinculación cognitiva y en constante participación con otras esferas del saber: la sociología, antropología, filosofía, la literatura.

### III

La retórica de la historia -sinónimo de historiografía en este caso- mereció un destacado análisis de J. H. Hexter, quien hace cerca de tres décadas cuestionaba la irrestricta utilización del lenguaje denotativo por parte de los historiadores, una práctica que entonces consideraba agotada e inapropiada para escribir historia. Hexter reconocía la importancia de las palabras en el discurso historiográfico y apoyaba incluso el recurso de un lenguaje evocativo, alusivo -por cierto- al discurso literario, de esta forma, el uso de la narrativa estaba fundamentado a pesar de constituir la forma tradicional de explicación histórica. La razón era deducible, la narrativa no era eficaz como lenguaje

<sup>11</sup> Véase: Hayden White. "La metafísica de la narratividad: tiempo y símbolo en la filosofía de la historia de Ricoeur" en: *El contenido de la forma*. Barcelona, Paidós, 1992, pp. 179-194; la obra citada de Ricoeur y analizada por White es *Tiempo y narrativa*, publicada en francés en 1983 y 1985, tres volúmenes.

científico, menos aún propio de una "disciplina científica", pero -sin duda- representaba el método operativo más valioso para responder aquellas preguntas que el historiador se formulaba.<sup>12</sup> El historiador inglés Lawrence Stone reafirmó algunos de estos planteamientos a fines de los setenta en un conocido ensayo en torno al "resurgimiento de la narrativa".<sup>13</sup> Un texto por demás provocador en su momento.

Posteriormente, el filósofo francés Jacques Derrida introdujo con eventualidad el concepto posmoderno de la "deconstrucción". Término analítico alternativo que sugiere la práctica de desarticular, desarmar, deconstruir las estructuras sujetas de estudio (de ahí la imagen postestructuralista). La deconstrucción como argumento de análisis discursivo, esto es, familiarizar al lector con las ambigüedades de las palabras, de los signos, revelar su sentido tradicional y las contradicciones internas de su razonamiento. La "aporía" del discurso como un conjunto de palabras, de enunciados cuyo significado amerita ser interpretado en sus partes orgánicas.

Aunado a las visiones y planteamientos de White, Ricoeur o Derrida, la figura de Michel Foucault probablemente sea la más representativa del pensamiento posmoderno. Erudito intelectual francés interesado en lo estético, lo marginal, lo histórico y discursivo, lo "trivial", lo discontinuo. De hecho, una de las características más aprehensibles del posmodernismo lo constituye el concepto foucaultiano de la *discontinuidad*, tácitamente planteado en *La Arqueología del saber* como una reacción hacia la "historia a secas": la historia braudeliana de larga duración que borraba, en provecho de estructuras firmes, la irrupción de los acontecimientos. En efecto, la revaloración de los documentos y la tendencia de la historia posmoderna hacia la "arqueología" concibe la identificación de las rupturas. No definir relaciones a base de una simple causalidad, mencionando la vecindad de los elementos y privilegiando aquellos términos permanentes, estables, continuos sino reconsiderar en cambio lo fundamental del análisis histórico, la discontinuidad como "una operación deliberada del historiador", resultado de su trabajo descriptivo a la vez que recurso analítico.<sup>14</sup> Sin embargo, como Foucault señala: "La discontinuidad es

<sup>12</sup> Hexter J. H. "Historiografía", en: *Enciclopedia internacional de las ciencias sociales*. Madrid, Aguilar, 1975, Vol. 5, pp. 451-472.

<sup>13</sup> Stone, Lawrence. "El resurgimiento de la narrativa: reflexiones acerca de una nueva y vieja historia", en: *El pasado y el presente*. México, FCE, 1986, pp. 95-120. Publicado originalmente en *Past and present*, N° 85, nov. 1979. Cfr. Hayden White "The question of narrative in contemporary historical theory" en: *History and theory*. N° 23, 1984, pp. 1-33.

<sup>14</sup> Son pocos los ensayos en torno al significado de la obra de Michel Foucault para la historia. Véase al respecto Jeffrey Weeks. "Foucault y la historia" en: *Disparen sobre Foucault...* pp. 83-108; Sonia Corcuera de Mancera. *Op. cit.*, pp. 214-237.

una noción paradójica, ya que es a la vez instrumento y objeto de investigación; ya que delimita el campo cuyo efecto es; ya que permite individualizar los dominios, pero que no se la puede establecer sino por la comparación de éstos. Y ya que a fin de cuentas, quizá, no es simplemente un concepto presente en el discurso del historiador, sino que éste la supone en secreto, ¿de dónde podría hablar, en efecto, sino a partir de esa ruptura que le ofrece como objeto la historia, y aún su propia historia?"<sup>15</sup>

Los rasgos que desprende Foucault advierten un desplazamiento de lo discontinuo en que deja de ser un elemento marginal para erigirse en substancial, un concepto operativo central, "el elemento positivo que determina su objeto y la validez a su análisis". La concepción de la historia como perspectiva gradual, de capas a profundidad, de "zócalos" de conocimiento descendentes en los que habremos de acudir a un entrecruzamiento de valores, una delimitación de cortes, umbrales y mutaciones para establecer series y cuadros. Tal concepción representa un verdadero rompimiento con lo precedente, un espíritu profundamente revolucionario que conduce al requerimiento de la llamada "metaficción historiográfica", como urgente ingrediente para estructurar el nuevo análisis discursivo, para eliminar modelos homogéneos, orígenes perdidos en el tiempo y disciplinas más bien teleológicas; la inoperancia de la ficción modernizadora del hombre preestablecida por más de doscientos años.<sup>16</sup>

El trabajo intelectual de Foucault es un claro ejemplo que cohesiona sus planteamientos. Representa una gama de historias preñadas de rupturas internas, de discontinuidades y coyunturas que desplazan lo universal, lo genérico, lo "verdadero" hacia la periferia. El hombre considerado como objeto y sujeto a la vez es trasladado a los extremos, a lo marginal, en una nueva posición que expone sus sentimientos, conductas y valores que lo "descubren" internamente; lo que piensa, lo que siente, lo que teme, lo que socialmente lo identifica o transtorna, nuevos razonamientos. De ahí entonces el interés denodado por el género, la lingüística, las razas, la sexualidad, la prisión, la noción de "peculiares entornos" que lo integran culturalmente. Sujetos sociales no individualizados ni disociados de sus circunstancias, pero sí escatimados en inédita realidad y contexto.

<sup>15</sup> Foucault, Michel. *La arqueología...* p. 14.

<sup>16</sup> *Loc. cit.* Al respecto véase la biografía intelectual de Maurice Blanchot. *Michel Foucault tal y como lo imagino*. Valencia, Pretextos, 1988. Además: Gilles Deleuze. *Foucault*. París, éditions de Minuit, 1986; edición castellana editada en Buenos Aires, Paidós, 1987.



El posmodernismo, contemplado como movimiento intelectual, mas no como "corriente", influye en diversas disciplinas sociales y actividades humanas. Su argumentación más discernible apunta a señalar la vulnerabilidad del proyecto de la modernidad, sus recursos de reproducción a través de sus grandes relatos legitimadores. Si bien en el campo de la historia el posmodernismo aún está en proceso de incursión y, por lo mismo, insuficientemente analizado, sus posturas radicales en otras áreas de conocimiento han derivado en severas protestas académicas que lo refutan por la falta de criterios coordinadores de rigor, evidenciables en la práctica. En el gremio de historiadores habituales se le cuestiona también con recelo el romance explícito de la historia con la literatura (considerada una actividad ahistórica), así como la ficción historiográfica que desde los hechos "reales", el acendrado relativismo subversivo que expresa y el desvaloramiento de las técnicas y los recursos metodológicos tradicionales.<sup>17</sup> En torno a estas impugnaciones destacan además ciertas interrogantes acerca del fin de la historia o acaso hacia la idea deformante de una historia sin historia. Las percepciones también de recaer en un proceso cíclico y quizá estéril de "interpretaciones de interpretaciones", donde la "realidad" queda subordinada a otros criterios de apreciación. ¿Hacia dónde llevará la disputa entre modernos y posmodernos? y, sobre todo, ¿qué implicaciones a corto plazo podrían alterar la actividad historiográfica?

La fragmentación del conocimiento, la diversidad de nuevos enfoques y planteamientos teóricos conllevan un proceso de mutación epistemológica que apenas comienza. La ausencia física de Foucault parece haber dado fuerza a las discusiones y al debate, y de manera inexorable amenaza involucrarnos en ello, a nuestro pesar.

Como quiera, resulta evidente el agotamiento de ciertas estructuras, de modelos políticos y de desarrollo, de concepciones idílicas sobre nuestra hegemónica cultura "moderna". La crisis de paradigmas que daban continuidad, razón y coherencia a nuestro pasado nos colocan ahora en el umbral de la obscuridad, pero -a fin de cuentas- en la libertad por "descubrir" el nuevo

<sup>17</sup> Las críticas al posmodernismo o hacia algunos de sus representantes se nutren desde distintas perspectivas. Además de Gertrude Himmelfarb, otros historiadores, filósofos e intelectuales pregonan su inconsistencia: Lawrence Stone, Josep Fontana, Arnaldo Momigliano, Francois Dosse, etc. Véase como referencia Gianni Vattimo. *El fin de la modernidad*. Barcelona, Gedisa, 1986; Josep Fontana. *La historia después del fin de la historia*. Barcelona, Crítica, 1992. Georg G. Iggers. *Historiography in the Twentieth Century. From Scientific Objectivity to the Postmodern Challenge*. Hannover/London, Wesleyan University Press, 1997.

sentido de nuestra historia, de otorgar un consciente significado a nuestro presente, a nuestro devenir.

A nuestro entender, no parecen meras trivialidades los problemas que ocupan hoy en día a muchos académicos, en particular a los historiadores; no enfrentamos la prefiguración de "otra" alternativa historiográfica sino el cuestionamiento de su matriz conceptual, la propia idea que de historia tenemos. Ello no afecta sólo la superficie sino el verdadero contenido de nuestra actividad. Finalmente, el quehacer del historiador no se considera más en el confinamiento de los "hechos" fortuitos o terminales, ni en el cientificismo que intuye los cambios al patrón del tiempo, o en la pretendida autonomía de la historia como disciplina. Actualmente poco se cuestiona la apertura, la pluralidad de los planteamientos y los significados históricos.

En medio de este debate contradictorio, el sentido común parece sugerir no la ruptura premeditada que conlleva la fragmentación de la imagen de nuestro pasado, sino la posibilidad de renovar las prácticas rutinarias de nuestro ejercicio, nuevas interrogantes a partir del enriquecimiento de valores en un mundo en permanente transición.